

# La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:

Sobre la memez de los perseguidores o mamá cumple cien años

Autor/es:

Alopilarius

Citar como:

Alopilarius (2002). Sobre la memez de los perseguidores o mamá cumple cien años. La madriguera. (53):74-74.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42123>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



# SOBRE LA MEMEZ DE LOS PERSEGUIDORES O MAMÁ CUMPLE CIEN AÑOS

PANFLETO

por Alopilarius

Con el indudable propósito de hacerle un bonito regalo y darle una alegría, el pasado 22 de agosto, día del cumpleaños número 100 de la autora de *El Triunfo de la voluntad*, un diario alemán (*Süddeutsche Zeitung*) publicó, según parece, la siguiente nota: *Leni Riefenstahl cumple 100 años. Todos lo celebran. Nosotros no.*

Al día siguiente nos enterábamos de que ciertas asociaciones gitanas han interpuesto, de nuevo, una querrela, otra más, contra la cineasta, a cuenta de las circunstancias que rodearon, durante los años 40, la producción de *Tiefland*.

Como diría el gran estadista José María Aznar, inesperado combatiente antinazi con medio siglo de retraso, *más de lo mismo*.

Con todo, me muero de ganas de ver la última película de Leni Riefenstahl recién estrenada (*Impresiones bajo el agua*), que, felizmente, ha tenido tiempo de montar. Y no me extraña su trayectoria. Parece un fiel reflejo de aquel dicho: *Cuanto más conozco a los hombres, más amo a mi perro*.

Comenzó filmando héroes que alcanzaban las nubes, montañistas que, casi, casi, como el Adán de la Capilla Sixtina, tocaban la Mano de Dios. Luego filmó masas enfervorecidas que, literalmente, adoraban a un líder más irrelevante, un tipo bajito y con bigote, inmenso histrión con probadas tendencias criminales, que sirvió de acicate a una divertida película de Charles Chaplin. Imaginó un mundo en el que los atletas olímpicos, como las setas, surgieran del humus de los cultivos o de la cultura, de la fertilidad inagotable de la Tierra y de la belleza deslumbrante de los templos antiguos. Soñó que todo tiempo pasado fue mejor en *Tiefland*, una cursilada vagamente inspirada

en una operita que musicaba un drama catalán, que seguramente jamás leyó, y que, cuando se estrenó en los años 50, tras muchos trompicones, no le gustaba ni a ella. Luego se fue a África.

Fotografió cuerpos, los de los nubes –nubas, ¡joder!, nubas y no nubios– con pasión; con su habitual y tozudo amor a la sensualidad de belleza clásica. La volvieron a tachar de nazi. Verbigracia, Susan Sontag. Después se metió en el agua.

Esta hija de comerciantes berlineses se hizo submarinista a la edad en la que generalmente la gente se muere. Pero, bien pensado: ¿qué podía hacer si no? Naturalmente –piensan las piadosas sociedades democráticas actuales– morir. O, como mínimo, arrepentirse. Pero no se murió. Ni se arrepintió, como la condesa Elizabeth Báthory, la emparedada; como la condesa sangrienta. No se murió: buceó. Buceó, buceó y buceó, atrapando aquí y acullá lo que a ella le parecía bello. ¡Qué anticuada! ¡Otra vez! ¡Tozudita la muchachita!

Acumuló metros y metros, miles de metros de película, porque de algo podía estar segura: lo que, sin duda, sabría hacer bien, si tenía tiempo, era montar esos metros y metros de película, como ya lo había hecho antes con los miles de metros de película de *El triunfo de la voluntad* y *Olimpiada*. Podían tratarla poco menos que de carnicera, se dijo, probablemente, pero nadie podría quitarle que sabía hacer su trabajo.

Trabajo. Hallar la paz en el trabajo, se dijo, probablemente. Pues por lo que sabemos de su infancia y adolescencia, Leni no ha dejado de trabajar nunca. Lo que ha hecho, además, como cualquier ebanista excelente o cualquier joyero que ame su oficio, es

mejorar el mundo con su trabajo y dignificar al género humano.

Consecuentemente, me muero de ganas, digo, por ver *Impresiones bajo el agua*, aunque no sé si será tan impresionante como *El triunfo de la voluntad* o *Olimpiada*. Al fin y al cabo sólo tratará, supongo, sobre peces en el agua (y, quizás, sobre cómo ella se sintió allí como pez en el agua). No sobre nazis o atletas, que, de entrada, son personajes mucho más interesantes. Pero de lo que estoy seguro es de que entenderé la película. Entenderé la película porque sé muy bien por qué su autora se metió en el agua.

Se metió en el agua porque estaba hasta la coronilla de nosotros, y con razón. Porque si el pecado más ostensible de esta mentirosilla es la coquetería, el de sus perseguidores, nosotros, es el odio, que es mucho peor.

En 2002, mientras Bush experimenta con seres humanos en Guantánamo y los judíos votan masivamente a un líder como Sharon, que ni siquiera parece creer que los palestinos sean seres humanos, nosotros nos dedicamos a seguir injuriando a Leni Riefenstahl porque flirteó hace más de medio siglo con Hitler, como Churchill.

Basta. Dejémosla trabajar. Dejémosla vivir. Y por mera salud democrática, felicitémosla por su cumpleaños.

Así que, en esta revista visiblemente de izquierdas en la que me dejan escribir, y que incluso para algunos, en nuestro globalmente derechizado mundo, es de extrema izquierda, quiero que se imprima esto:

*Leni Riefenstahl cumple 100 años. Todos lo celebran. Nosotros también.*

Salud.